



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

HOLOCAUSTO

El dolmen de grano pentélico donde se celebraban los sumos sacrificios. A su alrededor, todo un oleaje de hojas de rosa con espumas de lirios y burbujas de jazmines. Los sacerdotes forman ancho círculo a su alrededor, y sus canas brillan venerables bajo la cinta de oro bruñido que se ciñen en sus frentes. Sus anchas clámides caen en pliegues de levísima forma, tal como si la trama del tejido hubiera sido urdida con filamentos de bruma. Tras de ellos, una gran multitud con rumores de invocaciones en el labio. Más allá, y entre una penumbra llena de calma augusta, el coro de vestales se destaca como una gran pincelada blanca.

Agamenón se acerca, vacilándole el cuerpo en su marcha. El dolor pinta su obscura palidez sobre su rostro. Ifigenia viene tras de él, coronada de rosas, con las mejillas encubiertas bajo el velo diamantino de las lágrimas.

IFIGENIA

Ya siento dentro de mí la frialdad horrible de los descansos eternos. Ya siento sobre mi frente la caricia llena de tibieza de la Pálida de la que seca en el Otoño la savia de las hojas y hace acallar en el Estío el canto

cristalino de los torrentes. Voy a morir cuando Flora tenía para mí el

himno rumoroso de sus céfiros.

AGAMENÓN

Yo te engendré para que fueras fuerte con una roca. Alza la frente y recibe el rayo que te hiere sin que se apague la aureola azul de tus miradas.

EL SACERDOTE

Tu sacrificio será grato a la Diosa que va en la penumbra de las selvas. Sobre tus cenizas alzarán los rosales sus pomposas constelaciones, y en el sueño de la tarde las alondras cantarán entre sus gajos el dulce himno de tu breve historia.

IFIGENIA

La vida es dulce, con dulzuras ignoradas cuando se siente correr entre las venas el caudal bullente de la sangre que quema el corazón. Quiero vivir, porque la vida es bella, porque siento en la noche, en las horas de vigilia, besos tibios, perfumados, silencios que se acercan a mi tez y la encienden; que caen sobre mi pecho y lo estremecen; y esos besos no brotan de un labio que se acerca todo lleno de suavidad y de deseo, sino que vienen de lo desconocido, como si una palabra dulce y rimada llegara hasta mí en las alas de un divino crepúsculo, para envolverme en una rara e intensa caricia.

EL SACERDOTE

Bello es morir cuando no se tienen penas en el alma. Seca tus lágrimas y que tu manto caiga ante la majestad de la Diosa, para presentar el seno cuajado de encantos, como una óptima prebenda.

IFIGENIA

¿Por qué morir cuando la Aurora ríe bella y grandiosa presagiando el sol?
¿Por qué morir cuando el alba tiene sus besos radiosos de su blanca luz?
¿Por qué morir cuando en mi pecho siento una ancha hoguera devorante arder, que crece y crece y en el Oriente enciende flores de soles en un brillante azul?

AGAMENÓN

Inclina tu cabeza, descíñe la cabellera, y presenta el cuello en que ha de

hundirse el hierro sagrado purificado por la sangre de los corderos. Ello es preciso; mis barcos con las proas enclavadas hacia el Sud aguardan la hora en que han de lanzarse como caballos desbocados por la pista centelleante de las ondas.

EL SACERDOTE

¡Mujer, no llores! Cae sin ruido, como un lirio que se troncha.

IFIGENIA

Mis cabellos son aún rubios y sus cambiantes deslumbran. Mi talle es grácil y fino, con la finura de una leve columna; movable, con la movilidad esquiva de una ola. Mis labios recién florecen en la promesa del beso, y mis pupilas se entornan a la caricia vaga de un ensueño...

EL SACERDOTE

El amor es sólo una hora en la vida. Tras de él, está amargo e implacable el Dolor con su vaso de hieles.

IFIGENIA

A amar todo me convida, y yo sueño en amar. -¿Acaso no es el amor el iris que todo lo tornasola? Cuando las margaritas agonizan en el invierno mis ojos se llenan de lágrimas, y cantando una canción melancólica, voy por los campos y las recojo en la orla de mi manto, para que tengan una tibia y suave tumba en la piel sonrosada de mi mano.

AGAMENÓN

Yo recogeré tus cenizas, y ellas revivirán bajo mis besos.

EL SACERDOTE

Tu cuerpo descansará bajo una gran acacia en flor.

IFIGENIA

Deja que viva. Yo existiré para amarte, y cuando tu cabellera esté blanca vivirás en una vida endulzada por la miel que se derramará de la boca de mis hijos, en tanto que yo pronunciaré en tus oídos las frases en que se relaten tus homéricas hazañas.

EL SACERDOTE

Regaremos tu tumba con sangre tibia y llena de vahos de vida, día a día, cuando la víctima caiga, en el instante en que el sol mira de frente desde

la cú spide del cénit.

IFIGENIA

Quiero vivir eternamente baja la caricia temblorosa de un abrazo.

EL SACERDOTE

Sobre tu corazón se extenderán las raíces de los laureles, y ellas te envolverán en el espeso manto de sus mil tentáculos. Baja la cabeza que la

pedra hace tersa como una luna, y ya de todos los labios se escapa la primera frase del cántico con que ha de celebrarse tu holocausto. ¡Cae, pero tumbate con la grandeza de una montaña que se derrumba!

IFIGENIA

Ya oigo a la distancia los cánticos de las vestales que anuncian el comienzo de mis exequias. Y en tanto aún mi seno palpita suavemente.

LAS VESTALES

La sangre es la promesa de todas las victorias.

IFIGENIA

Los muros del templo se rasgan y columbro desde aquí un inmenso miraje. Veo a lo lejos un hogar todo lleno de luz y de perfumes; un vago murmullo de palabras argentinas vuela por el ambiente; el fuego arde en los trípodes áureos ante los dioses benevolentes; las alondras cuchichean entre las ranas de los robles, y bajo de ellos, un ejército de pimpollos agitan sus lanzas y sus pompones...

EL SACERDOTE

Alza tus ojos hacia la Diosa y ofrécete llena de pureza y de ingenuidad. ¡Invoca, con la palabra dulce como un acorde!

AGAMENÓN

¡Hija, obedece!

LAS VESTALES

Las vírgenes que mueren se cubren de sonrisas,
Y vuelan sus suspiros en alas de las brisas.

EL SACERDOTE

El fuego agoniza lentamente. Abre tus pupilas y llénate de luz.

LAS VESTALES

Y sangre es un Ocaso y sangre es una Aurora,
De sangre al medio día la rosa se colora.

IFIGENIA

No moriré, porque siento un algo grande que me impulsa a vivir. Parece que
caminara sobre una nube y que sobre mi frente cayera un inconmensurable
velo de estrellas.

LAS VESTALES

Las vírgenes que mueren se duermen en la calma,
Y sobre sus cenizas se agita verde palma.

Y antes de que la espuma de los lirios se tiñera de púrpura, Ifigenia
bogaba hacia Occidente sobre el tireme de plata de la media luna, por el
mar de zafir de lo infinito.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo